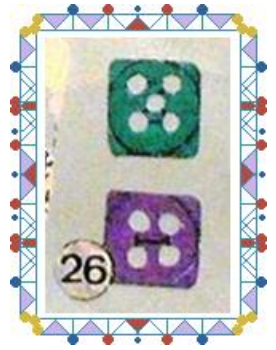




Pero las cosas se complicaron



Y cuando quise reconocer honestamente y asumiendo toda mi responsabilidad — no recuerdo si entre plato y plato o ya en el postre — que todo había tenido lugar en mi imaginación y sólo en mi imaginación y en ninguna otra parte y sin la intervención — que yo supiese, al menos — de nada ni de nadie más¹, estábamos frente a unos hechos consumados y ante una situación que no tenía ya vuelta atrás por una razón que de puro sencilla habría tenido que resultar previsible sabiendo — como sabía todo el mundo a la vista de con cuánta deferencia la señorita la trataba elogiando siempre sus habilidades que, decía, “son una verdadera gloria las personas tan espabiladas” y augurando que llegaría lejos — que envalentonada y ambiciosa, embriagada de sus deseos irrefrenables de introducir innovaciones que dejaran a todos con la boca abierta, Georgina no iba a consentir en modo alguno que nada, absolutamente nada, volviera a ser tal y como se venía conociendo desde siempre ni que nadie, absolutamente nadie, conservase el más mínimo recuerdo de un pasado que ella, envenenada por la envidia, detestaba hasta extremos tales que, entendí — aliviada, en cierto modo, porque de toda la vida se ha dicho que los trabajos manuales son muy relajantes pero a mí las labores de aguja (y sobre todo el punto de media, en particular) siempre me han puesto terriblemente nerviosa —, no iba a merecer la pena seguir con el jersey de ochos que le estaba haciendo a Custodia después de tanto y cómo aunque a regañadientes, tan corta la pobrecita y tan prudente², había pataleado y berreado (mal,

¹ O ahí, si no estaba la prueba personificada en el monederillo que conservaba, en su interior, el resguardo del molinillo de café que yo y sólo yo había llevado a arreglar.

² Con tan poco espíritu que costó Dios y ayuda el conseguir que se arrancara.

porque era comedimiento en estado puro, pero con mucha entrega) suplicando y encareciendo con lágrimas en los ojos la ilusión tan grande que le hacía.

(Continuará)ⁱ

ⁱ O regresaré – si es que soy capaz de encontrar el camino de vuelta – a mi punto de partida y, una vez allí y sin el inconveniente de tener que prepararme algo que no serían desde luego canelones, tranquilamente sentada en el suelo fumando y revisando “mis” papeles – porque ahora ya son míos – terminaré por olvidar la nueva humillación sufrida y viviré feliz, o serena, al menos, o en el peor de los casos tranquila por lo menos hasta que en un despiste vuelva a abrir sin querer uno de esos malditos cajones cerrados, sin llave, llenos de tantas vidas echadas a perder o, para decirlo con absoluta exactitud, “truncadas” porque, total, para qué andar cohibida y disimulando, haciéndome la tonta cuando quién se va a enterar de que he andado toqueteando aquí y allá fisgoneando.